

LAS EXCELENCIAS DEL AMOR

1ª Corintios 13; Colosenses 3:12,13

Por Eliseo Hernández

Usado con permiso

El apóstol del amor, Juan, nos dice: *“Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama es nacido de Dios y conoce a Dios”* (1ª Juan 4:7).

El amarnos es la norma que debe prevalecer en nuestra vida, relacionada con todos nuestros hermanos en la fe, como cristianos auténticos, seguidores e imitadores de Cristo, con corazón puro. Cuando nuestro corazón es limpio, podemos ver con claridad la voluntad de Dios y hacer su obra queriendo a las almas.

El amor verdadero es toda bondad: da, da y da, y habiéndolo dado todo. El que ama se entrega a sí mismo, como lo hizo nuestro Señor. Siempre acoge, no rechaza; atrae, no aleja; perdona, no guarda rencor, y busca hacer el bien. El amor nunca daña, siempre procura el bien; procura el bienestar, la sana comunión, la dulce fraternidad cristiana—comunión verdadera. Este es el amor que resplandece: *“...Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, les amó hasta el fin”* (Juan 13:1).

“Jesús, el poder de tu amor no tiene límites; es grandioso y ha conquistado a millones de corazones. Señor, que mediante tu ayuda y gracia pueda yo imitarte y tenga un corazón inflamado de tu amor, y que en verdad pueda amar a todos mis hermanos como tú nos amas. Que pueda producir los frutos de tu divino Espíritu: El **amor**, que es el más grande don; el **gozo**, que es el amor exaltado; la **paz**, que es el amor en reposo; la **longanimidad**, que es el amor soportando todas las pruebas; la **benignidad**, que es el amor en la soledad; la **bondad**, que es el amor en la oración y la acción; la **fe**, que es el amor en la lucha por la vida; la **mansedumbre**, que es el amor en la escuela, y en fin, que como tú, Oh Señor, ame a todos, y sobre todos, te ame a ti toda la vida hasta el fin, haciendo tu voluntad.”

En 1 Juan 3:23 el Espíritu Santo une dos cosas: la **fe** en Dios y el **amor fraternal**. No se pueden divorciar. La fe obra por medio del amor y el amor, por medio de la fe. A medida que obedecemos y agradamos a Dios, tal como hizo y manda Cristo, tendremos el testimonio del Espíritu, asegurándonos de que en verdad estamos en Cristo (1ª Juan 3:24) y haremos su voluntad.

¿Cómo actuamos ante los demás: impulsados por el amor o por un sentimiento carente de él? ¿Qué espíritu nos impulsa a tomar una determinación, a emitir un juicio, a hablar, a señalar, a tomar una medida de condenar y rechazar al hermano o hermanos? ¿Estamos obrando conforme el Espíritu o conforme la naturaleza de la carne? ¿Qué nos impele? El Señor nos amonesta a ser solícitos a guardar la unidad del Espíritu en amor, en el vínculo de la paz (Ef. 4:3). La unidad del cuerpo, o sea la iglesia, es la realización práctica de la unidad del Espíritu. Siempre debemos brindar a los hermanos el saludo fraterno en un buen ánimo y en un espíritu de compañerismo, dándoles la bienvenida a la iglesia, a nuestra casa, y procurar fraternizar con ellos.

Rechazar a un hermano, negarle la comunión, sabemos que no es cristiano. Procuremos siempre obrar conforme el Espíritu y nunca conforme a la carne; necesitamos orar sin cesar. La oración puede hacernos dejar de pecar, o el pecado puede hacernos dejar de orar.

Jesucristo, nuestro Señor reprendió a sus discípulos, cuando querían que descendiera fuego del cielo y consumiera a los que se les oponían. Les dijo Jesús: *“No sabéis en qué espíritu lo pedís”*. Algunas veces hay personas que actúan de la misma manera, pero esa actitud no es cristiana.

Es cosa casi increíble, pero cierta, y por cierto muy mala, que entre cristianos haya enemigos. ¡Enemigos entre siervos de Dios! } ¡Hermanos que merecen ser excomulgados de la iglesia, privándoles de la comunión y fraternidad cristiana! ¡Una acción de esta naturaleza es inconcebible! Cristo nos manda a amarnos los unos a los otros como verdaderos hermanos (Juan 13:34) y éste es uno de los grandes mandamientos del Señor para los redimidos por su sangre.

¡Qué precio tan grande—su sangre! (1ª Corintios 6:20); ¡Cuánto vale un alma! (Mateo 16:26). Según 1ª Corintios 13, los dones milagrosos no son nada sin el amor. Sin el amor no vale mucho lo que hagamos; e iremos al fracaso. La iglesia y cualquier organización cristiana que es gobernada por la voluntad de los hombres va al fracaso; pero la que es dirigida y agenciada por el Espíritu Santo siempre triunfa, crece y obra en avivamiento espiritual—no emocional. Sí, el amor es inseparable de la verdadera fe y es uno de los frutos del Espíritu Santo y hay que manifestarlo en nuestras determinaciones. Es la esencia de la verdadera vida cristiana; el principio de todo lo grande, la razón de todo lo bello, y el fin o propósito de todo lo sublime, espiritual y celestial.

Los mayores sacrificios no valen nada sin el amor (1ª Corintios 13:3). En el mundo casi todo es perecedero y termina, menos el amor que existirá eternamente en el cielo, donde siempre estaremos y respiraremos en un ambiente saturado del perfume del amor. ¡Qué atmósfera tan fragante! El verdadero amor excluye la envidia, el orgullo, la arrogancia, el egoísmo, la aspereza (1ª Corintios 13:4, 5), rechaza a la incultura, la repulsión, la ingratitud y el menosprecio.

Tener y manifestar el amor es una prueba evidente que Cristo vive en nosotros y nosotros en él; y él nos constriñe a hacer buenas obras. El que verdaderamente ama, no odia, ni aborrece, ni guarda resentimientos, ni rencores, ni raíces de amargura.

La obra del Señor es una; mantengamos la unidad; pues, la unión hace la fuerza. Trabajemos en armonía. Que nadie ni nada nos separe; manifestemos al mundo que somos cristianos verdaderos (Juan 17:21). ¡Que aprendamos con la ayuda de Dios, a amar verdaderamente a nuestros semejantes, siguiendo el ejemplo de Jesús, quien nunca despreció a nadie; más bien, tiernamente los llamaba y atraía hacia él—unidos en Cristo! El amor, como un poderoso imán atrae, no expulsa, no desprecia, no rebaja, sino eleva y dignifica. El que ama en verdad, se parece a Cristo y actúa como él actuó.

La Biblia declara firmemente que el que aborrece a su hermano es un homicida (1ª Juan 3:15). Así que, odiar es matar. Hermanos, esto es gravemente serio y tremendo. ¡Qué Dios nos libre de cometer semejante delito, y nos dé el poder para amar, porque el amor engendra vida, armonía, dicha, paz y verdadera felicidad!

En el cielo no habrá resentimientos, ni odios, ni rencores. Allá el ambiente estará saturado del amor; y lo respiraremos eternamente. Los que tienen a Dios, que es amor, en sus corazones, y han triunfado sobre el odio, el rencor y las raíces de amargura, de seguro van al cielo. ¡Vivamos 1ª Corintios 13!